



Estudios de Literatura Colombiana

ISSN: 0123-4412

revistaelc@udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Zuluaga Quintero, Diego Alejandro

Jorge Zalamea: intelectual, crítico literario y de la cultura

Estudios de Literatura Colombiana, núm. 28, enero-junio, 2011, pp. 77-87

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498355932005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Jorge Zalamea: intelectual, crítico literario y de la cultura

Jorge Zalamea: intellectual, literary and cultural critic

Diego Alejandro Zuluaga Quintero*
Universidad de Antioquia

Recibido: 27 de marzo de 2011. Aceptado: 14 de mayo de 2011(Eds.)

Resumen: este artículo pretende ubicar la obra de Jorge Zalamea dentro de la tradición intelectual e histórica de Colombia. Se detiene, principalmente, en el papel que como intelectual desempeña el autor y el empleo de su obra en la construcción de unos ideales democráticos y un sentido crítico de la cultura nacional, en todos sus ámbitos: político, literario, artístico. Además, se analiza la función intelectual del autor en una perspectiva hispanoamericana o como continuador del legado intelectual del siglo XIX hispanoamericano representado por personajes como Domingo Faustino Sarmiento en Argentina o González Prada en Perú, para quienes el legado cultural de España en Hispanoamérica fue materia de análisis.

Descriptores: intelectual; función intelectual; crítica literaria; universalismo; nacionalismo, Zalamea, Jorge.

Abstract: This article locates J. Zalamea's work inside of the historical and intellectual tradition of Colombia. It emphasizes, mainly, the role that the author plays in constructing democratic ideals and a critical sense of national culture in all its political, literary, and artistic scopes. In addition, it analyzes the intellectual function of the author in a Spanish American perspective as someone who continues the intellectual legacy of the XIX century Spanish Americans represented by: Domingo Faustino Sarmiento in Argentina or González Prada in Peru, whose cultural legacies of Spain in Spanish America were subjects of analysis.

* Sociólogo de la Universidad de Antioquia. Estudiante de la Maestría en literatura Colombiana de la Facultad de Comunicaciones de la misma universidad. Miembro del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL). Contacto: dazegon@yahoo.com.

Key words: intellectual; intellectual function; literary critic; universal; nationalism, Zalamea, Jorge.

Es un hecho que críticos, escritores e intelectuales en general consideran a Jorge Zalamea, junto con Baldomero Sanín Cano y León de Greiff, una de las figuras más representativas de la intelectualidad colombiana de la primera mitad del siglo xx. Por lo tanto ha sido objeto de numerosos estudios literarios, culturales e históricos, no obstante su definición como intelectual no ha sido realizada de manera sistemática. En los libros de historia de la literatura colombiana, Zalamea no pasa inadvertido, pero su mención se reduce exclusivamente a señalar que fue un hombre importante en la década de los años veinte y treinta, especialmente por su participación en la revista *Los Nuevos*. Hubert Pöppel, por ejemplo, señala que Zalamea se caracterizó por ser uno de los críticos más penetrantes contra la *Generación del Centenario*, a la que despectivamente llamó “corifeos” por la hipocresía que había influido en el campo de su poesía. Pöppel, considera a Zalamea, en sus pocas menciones, como un joven intelectual que no quería integrarse a las viejas tradiciones para ostentar nuevas ideas, dirigiendo su mirada a la reforma universitaria, la Revolución de Octubre y a los primeros grupos socialistas de Colombia (Pöppel, 2002, 199). David Jiménez, por su parte y en el mismo sentido, habla de un Jorge Zalamea con las mismas características de los personajes pertenecientes a la revista *Los Nuevos*, es decir, como a un hombre que tenía intenciones reformistas y quería contribuir a la reconstrucción moral del país, con ideales de renovación sustentadas en su carácter accesible a todas las ideas, con pensamiento honrado y con propuestas políticas y de agitación ideológica (Jiménez, 2002, 99). Son palabras que, si bien reiteran la importancia que tuvo Zalamea en un periodo de la historia cultural colombiana, no llegan al análisis del contenido de su vida y obra, en las que es notoria su importancia como intelectual.

Se han hecho trabajos importantes sobre su obra narrativa: *La metamorfosis de su excelencia* (1949) y *El gran burundín burundá ha muerto* (1952), obras que han llamado la atención de la crítica en tanto que la figura del “dictador” latinoamericano ha hecho parte del *Boom* de la literatura del continente. De estos trabajos se destaca (por solo mencionar un caso entre muchos) el de Helena Araújo, quien define a Zalamea como precursor del Barroco americano junto con Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier y Lezama Lima. Araújo asegura que en la escritura de Zalamea hay cierto “activismo político” y que, por ejemplo, una obra como *La metamorfosis*

de su excelencia se diluye en “alegoría y panfleto”. La autora no presta atención privilegiada a la orientación social del texto y se centra principalmente en su forma; sus elementos rítmicos y su “sonoridad verbal”, además resalta el aspecto retórico de Zalamea que, para la autora, hace parte de una tradición nacional que liberales y conservadores han mantenido desde la independencia (1974, 532-534).

Otros autores, que por cuestiones de espacio no se pueden mencionar en conjunto, señalan la importancia de Zalamea como un revolucionario abanderado de la crítica social mediante la creación literaria. Así mismo, insinúan la importancia del autor en la modernización cultural y democratización de la nación, pero sin precisar los elementos históricos y los elementos de su obra que, por ejemplo, nos permiten especificar las características que hacen de Jorge Zalamea no solo un “hombre de letras” o un simple erudito, sino un intelectual en el sentido moderno del término.

Los trabajos sobre Zalamea, comúnmente, hacen hincapié en anécdotas del autor y en un punto específico de su historia académica, como lo fue su importante y conocida contribución en la revista *Los Nuevos* en 1925. Ejemplo de ello es el ensayo de Álvaro Mutis que lleva el nombre de “Jorge Zalamea”. Los intérpretes de este autor no pasan, en este punto, de hacer una homologación de las características intelectuales de Zalamea con las características intelectuales de la revista y de los partícipes en la misma como Luis Tejada o Luis Vidales, comparación que se da tanto en lo intelectual como en lo ideológico. Las características se pueden resumir así: superación de las viejas tradiciones, nuevas ideas y agitación ideológicas. Lo anterior es una identificación de las cualidades de Jorge Zalamea hecha al unísono –por quienes han escrito sobre el autor–, con la cual se está de acuerdo, pero que no trasciende respecto a los contenidos de la obra del autor que pueden definir socio-históricamente lo que significaría ser un intelectual, término comúnmente utilizado para referirse al autor, pero sin las precisiones que aquí se pretende dar.

Lo que en realidad se pretende resaltar de Jorge Zalamea es el sentido público de su obra. Entender, por ejemplo, que si el autor hace un trabajo como *La metamorfosis de su excelencia*, su importancia no radica exclusivamente en su forma o “sonoridad verbal”, sino también su contextualización y su orientación social. Esta obra fue escrita cuando a Zalamea se le prohíbe, desde el gobierno de turno, escribir en la revista *Crítica* algo diferente a literatura o arte, a lo que respondió Zalamea con una publica-

ción literaria, pero con la intención pedagógica de crear conciencia política sobre una situación real.

La definición de intelectual atribuida a Zalamea se da porque existen una serie de condiciones históricas, culturales, políticas y, otras tantas, implícitas en la obra del autor, que permitieron, desde una disciplina como la sociología de la literatura, tal categorización. Zalamea es hijo y precursor de la revista *Los Nuevos*, revista que se publica en la tercera década del siglo xx, con serias intenciones de renovación cultural y literaria del país. Intenciones a las cuales se les suma la posibilidad histórica de que la función del hombre de letras se modifique respecto a su función tradicional. Éste ya no orientará su escritura al mantenimiento del *status quo* de la sociedad, como lo hacían, por ejemplo, los escritores de la sociedad colonial, que al escribir debían ser útiles a los intereses de la Corona española y a su institución encomendera. Los escritores de la Colonia poseían una sabiduría vinculada al poder y, este último, operaba como una especie de mecenas.

Zalamea, por el contrario, es definido en este trabajo por su sentido de la independencia o por aquello que Karl Mannheim llamó la *Intelligensia* “libremente oscilante”. Zalamea, siendo de élite no tiene vínculos ideológicos con los grupos dominantes políticamente, sino un vínculo con la realidad social y con una vocación reformadora, en lo moral y en lo político. Lo anterior nos permite el calificativo para Zalamea no tanto como “hombre de letras” término que puede ser genérico—, sino como “intelectual moderno” que se desvincula de cualquier clase o grupo social privilegiado. Al respecto dice Mannheim: “La clave de la nueva época del saber estriba en el hecho de que *el hombre culto ya no constituye una casta o rango compacto, sino una capa social abierta* a la que personas procedentes de una variedad, cada vez más amplia, de posiciones puede llegar” (1963, 171).

La diferencia entre lo que es un “hombre de letras” en sentido estricto y un “intelectual”, se puede apreciar si comparamos a Zalamea con el escritor del siglo xvii Lucas Fernández de Piedrahita, quien en uno de sus libros define a los españoles y a los descendientes de ellos como una raza superior a todo lo visto en el territorio americano. Lo anterior es una manifestación del vínculo del autor a un grupo social en particular (los españoles blancos) y una retribución que hace al rey por ciertos beneficios que ha obtenido de él,

como librarlo de ciertas persecuciones y ataques de los que fue víctima el escritor de la Colonia cuando un visitador estaba usurpando sus privilegios.

La definición de intelectual para Zalamea implica, indiscutiblemente, una posición innovadora y polémica frente al campo de la cultura nacional y más específicamente frente a las letras. El papel que asume Zalamea como crítico literario denota una función intelectual. Desde su análisis de la literatura colombiana se puede hacer explícita una serie de denuncias contra el sistema de valoración de las letras nacionales proyectado desde las élites. Nos referimos al sistema de valoración de la literatura construido en Colombia por la cultura conservadora, es decir, por una élite partidista que durante un periodo considerable de la historia colombiana –desde la instauración de la Regeneración conservadora hasta la fundación de la República Liberal en 1930– hizo alarde del mito de que Colombia era la “Atenas Suramericana”. Zalamea critica las ideas que se fundamentan en esta imagen cultural de Colombia y, especialmente, aquella creencia que define a la nación colombiana como tierra de poetas y que ha tenido como consecuencia la historia monumentalista de esta cultura. El punto de partida que asume Zalamea para irse en contra de una creencia generalizada es, sin lugar a dudas, la seguridad indubitable de sentirse heredero –como un deber intelectual– no solo de la cultura literaria colombiana sino, principalmente, de la cultura literaria universal. Jorge Zalamea es un cosmopolita que no cree en los regímenes autoritarios de la cultura como lo fue a su manera la “Atenas Suramericana”. Lo que Zalamea expresa al respecto es lo siguiente:

Yo, al menos, me siento heredero no de una cultura particular, determinada, –de esa, por ejemplo, que hoy llamamos occidental y cristiana–, sino de una cultura universal en la cual participan, en grados diferentes desde luego, todas las expresiones culturales de la humanidad (1965, 83).

No es sólo por curiosidad intelectual que el autor escribe un libro sobre la poesía oral de los pueblos que no tenían una poesía que hiciera parte del canon literario occidental y mucho menos del centralismo cultural de la capital colombiana. Nos referimos al libro *La Poesía Ignorada y Olvidada* (1965), ganador del premio Casa de las Américas, en el que asegura Zalamea

que en cuestión de “poesía no existen pueblos subdesarrollados” (11). Esta obra problematiza la tensión que existe entre la poesía occidental y el de la poesía ignorada y olvidada de los pueblos mal llamados “subdesarrollados” o de las comunidades indígenas. La perspectiva universal de Zalamea le permite indagar sobre la tensión existente entre la poesía oral y la poesía escrita. El autor cuestiona la supremacía de la letra impresa al considerar que la poesía requiere de la liberación “del ligero ataúd del libro”, de su “momificación” para “hacer de ella una amorosa comunión de boca en boca” y para grandes audiencias (71). Esta afirmación va en pro de la democratización de la cultura, si se tiene en cuenta que en el momento de la publicación del libro la sociedad colombiana vivía uno de sus periodos históricos políticamente más representativos en el historial sistemático de exclusión social y cultural: el Frente Nacional (1958-1974). Si implícitamente se está aduciendo a que hay una incapacidad política de los sectores populares –negros, indígenas, clases obreras, entre otros– para participar de la administración estatal, por aquello de la alternancia en el poder de las élites conservadoras y liberales, qué no dirían los partícipes del pacto de exclusión, entre los que se destacan algunos “escritores”, de la capacidad creadora y poética de los sectores sociales marginados, máxime cuando los políticos colombianos históricamente se han sentido representantes de la tradición que ha definido a Colombia como “tierra de poetas” y el político ha hecho siempre pompa de su vocación letrada, desde Jiménez de Quesada, pasando por Rafael Núñez, hasta llegar a Marco Fidel Suárez. Si hay exclusión política, hay exclusión cultural y sobre todo en un país donde se había retrocedido históricamente de una República Liberal (1930 y 1946), en la que se había dado un avance significativo en la gestación de una masificación cultural¹, a una sociedad

1 Renán Silva en su libro *República Liberal, intelectuales y cultura popular* ha subrayado que la República Liberal tuvo una orientación política cultural de alcances intelectuales, o promovida por los intelectuales que tuvieron cargos importantes en el gobierno, durante el periodo liberal. Se destacan de este proyecto, por un lado, momentos que tienen que ver con la divulgación de la “alta cultura” y, por el otro, momentos que tienen que ver con la “investigación de las culturas” o con un balance nacional de las expresiones culturales populares. Al respecto, Renán Silva dice: “La república Liberal no solo significó una profunda originalidad en el campo de los *proyectos de extensión cultural*, sino que representa una de las etapas de más alta integración entre una *categoría de intelectuales públicos* y un *conjunto de políticas de Estado*, al punto que pueda decirse que sus proyectos culturales de masa fueron en gran medida la elaboración de grupos de intelectuales que ocupaban las posiciones más elevadas en los instrumentos estatales de formación y extensión cultural” (Silva, 2005, 22).

violenta de origen conservador: es de recordar que de 1946 a 1949 el presidente era Mariano Ospina Rodríguez, de 1949 a 1953 Laureano Gómez, posteriormente, se da la violencia militar de tendencia conservadora de 1953 a 1958 con Rojas Pinilla y, por último, la violencia frente-nacionalista; un periodo histórico determinado por el estado de sitio o la supresión de la libertad de expresión. Fue un periodo histórico en el que la inteligencia estaba anulada y el exilio era la alternativa intelectual, como le ocurrió a Zalamea en 1952.

El análisis de la poesía de los pueblos no occidentales o cristianos, muestra que Zalamea no reducía su visión del mundo y de la cultura a un único y solo punto de vista, es decir, no ignoraba otras concepciones alternativas de las cosas que lo rodeaban. Por consiguiente el autor se permitía, mas bien, desmitificar autores como Núñez, Samper, Marroquín o Marco Fidel Suárez, valorados positivamente por los críticos literarios colombianos que tenían como mayor dogma la patria o en los que el sentimiento de la nacionalidad prevalecía a la hora de valorar la literatura.

En este punto la crítica literaria de Zalamea se puede poner en tensión con la obra crítica del payanés Rafael Maya (1897-1980) quien, teniendo conocimientos universales de literatura -escribe sobre Goethe, Petrarca, Rubén Darío y otros- al evaluar las letras colombianas, aprecia a los autores con ciertas orientaciones ideológicas o características preestablecidas: ser católico, conservador y pre-hispánico son cualidades que para Maya constituyen un valor agregado de la literatura. Valor agregado que el crítico literario también le suma a la poesía patriótica o que enaltece a héroes que han tenido importancia en las diferentes guerras nacionales. Por ejemplo, encumbra el hecho de que un poeta como Marco Fidel Suárez haya dicho que Popayán es una ciudad de “entusiasmo patriótico” “que dio hijos para la guerra y para el altar” (Maya, 1975, 70). Son prejuicios que implican un amor abnegado a la patria y ayudaron a mantener el gran mito de la “Atenas Suramericana”.

Estos dos autores, que son contemporáneos y cofundadores importantes de la revista literaria *Los Nuevos*, y partícipes, además, de la *Revista de Indias* (1936-1950), implícitamente mantuvieron una controversia casi irreconciliable, que es una controversia entre dos grandes balances de la literatura nacional. Esta polémica se puede comprender, y sacar algunas conclusiones, retomando algunos juicios del crítico e intelectual colombiano Baldomero Sanín Cano, quien considera que el sentimiento de la naciona-

lidad —que es el que está implícito en los juicios de Rafael Maya no debe prevalecer a la hora de valorar la literatura, pues la estaríamos clasificando como se clasifican las razas. El patriotismo en temas literarios consistiría, según Sanín Cano, en abrir las fronteras y asimilar las novedades de la literatura universal. A Rafael Maya le interesan los héroes nacionales o los escritores que los construyen. Sanín Cano piensa que la literatura que canta las grandes hazañas y luchas de unos pueblos sobre otros, se convierte en una exaltación al exterminio, además es lo que en las sociedades modernas contribuye a la miseria de las naciones, porque de alguna manera exaltan las “guerras civiles” (Sanín, 1977, 121). Los términos baldomerianos son los siguientes: “En todo ello —en el nacionalismo— está obrando el amor a la patria, o la estrechez de miras, o ambas cosas a un tiempo, ya que no es raro el caso de ver cómo esta miseria resulta de aquel sentimiento” (Sanín, 1977, 173). Miseria que ha construido la idea de que Colombia fue la “Atenas suramericana”, a la cual le hace oposición rotunda Jorge Zalamea.

El estudio intelectual que hacemos de Jorge Zalamea parte de una convicción; a saber: que este autor no es una figura que surge aisladamente en medio de un tradicionalismo hispánico que abunda en Colombia. Zalamea es, por el contrario, un pensador que continúa un legado intelectual hispanoamericano representado por figuras de la talla de Domingo Faustino Sarmiento y Manuel González Prada, quienes mantuvieron un diálogo directo con la cultura hispánica, acentuando su influencia en la cultura del continente. Lo anterior en su afán de renovar las naciones del nuevo mundo, tanto en lo político, lo social y lo cultural. Es, en este sentido, que la Madre Patria fue objeto de estudio durante gran parte de la vida académica de Jorge Zalamea. No con pretensiones eruditas, sino como una necesidad de reconocer los males estructurales y culturales que después de la independencia se heredaron de la sociedad colonial, nos referimos, principalmente, a la crítica que hace Zalamea a la tradición contrareformista hispanoamericana que, bajo el imperio de Iglesia Católica, promovió el mantenimiento del analfabetismo en las diversas castas de la sociedad, en contraste con una élite económica que tenía acceso al imperio de la letra, no como un proyecto ilustrado en el sentido revolucionario, sino como una forma de mantener el *status quo* de la sociedad colonial y sus instituciones pues, como ya se ha dicho, la función del “hombre de letras” estaba determinada a ser útil a los intereses de la metrópoli española, función que no implicaba una oposición a la “nobleza de cuna” o la promoción de una

democratización del conocimiento. El caso específico que señala Zalamea es el de Juan de Castellanos, quien, para el autor tratado en este artículo, fue más un contador de historias que un poeta, más un detallista de la escena con memoria prodigiosa que un hombre de grandes ideas. Su sabiduría se orientaba a buscar los valores “civilizatorios” de la “Madre Patria” y ver las grandes hazañas de los primeros conquistadores como hidalguía y muestra de la superioridad de una raza sobre otra.

De este modo, el balance de la literatura española hecho por Zalamea a lo largo de toda su obra, puede ser visto como una manera de comparar culturalmente las dos sociedades –nacidas de un mismo tronco– pues, la literatura española de la *Generación del 98* que, analiza el autor, es una estampa de la sociedad española que, a su vez, tiene bastantes similitudes con la sociedad colombiana. En este punto Zalamea se distancia un poco del liberalismo intelectual de Domingo Faustino Sarmiento, quien sólo ve en la cultura española decadencia e influencia negativa, de la cual se heredó parte de la barbarie del continente americano. Si frente a la España que instaura una tradición letrada en Hispanoamérica Zalamea mantiene un completo rechazo por su concomitancia con el analfabetismo masificado, frente a la España representada por Juan Valera, la generación del 98 y el teatro de Federico García Lorca, hay una completa afinidad. Zalamea les atribuye el crédito de haber restaurado el prestigio español, pues considera que la importancia de la literatura recae en su capacidad crítica de lo moral, social y político. A Zalamea le interesa la literatura que lleva implícito un *yo acuso* o manifiesto contra las injusticias sociales. Son autores como Juan Valera y Benito Pérez Galdós los que han desnudado los prejuicios del pueblo español, expresado en su pesimismo contra el dogmatismo, el conformismo y la hipocresía. Es la *Generación del 98* la que surge en medio de los escombros de la decadencia del imperio español –España pierde sus últimos dominios en ultramar–, pero con la intención de influenciar en el destino de la sociedad. Según Zalamea eran un grupo de escritores que si bien tenían tendencias ideológicas e intelectuales diversas, contaban con un objetivo específico: la “oposición a la España decadente”. Frente a los vicios y costumbres de los contemporáneos, según Zalamea, al escritor no le quedaba otro camino que:

Sacarlos a la luz, denunciarlos y corregirlos, debía realmente sentir su alma acongojada por la soledad sin remedio de su obra, por la lucha sin cuartel que su propio pueblo le planteaba, por el silencio

espiritual en que había de transcurrir su vida laboriosa, ignorada y difícil. (1978, 228).

Antonio Machado, por ejemplo, hace su oposición a la España decadente, y frente a sus vicios y costumbres se expresa de la siguiente manera:

Castilla miserable, ayer dominadora,
Envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre la espada?
Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
Cambian la mar o el monte y el ojo que los mira.
¿Paso? Sobre campos aún el fantasma yerra
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra (2004,13).

Por último, podemos decir que el autor español que mayor atención mereció de Jorge Zalamea fue su amigo y confidente Federico García Lorca; en su teatro encontró escenas que muestran el dolor agudo de la sociedad española, donde está implícita su “oposición a la España decadente”. Jorge Zalamea expresa que lo que le interesó del dramaturgo español es lo que tiene de trágico y de realista, su sentido crítico o indignación frente a una sociedad pre-moderna que, por ejemplo, mantiene a la mujer no como sujeto autónomo y moderno sino sujeta a cumplir las normas del matrimonio y de la sociedad patriarcal. Lo anterior lo ejemplifican obras como *Bodas de sangre*, *La casa de Bernarda Alba* o *Yerma*, donde está representada la frustración de la mujer española.

Este artículo se realizó con el fin de ejemplificar que Jorge Zalamea no solo es un intelectual moderno sino también un escritor cosmopolita, sus críticas a la cultura y la literatura colombiana no las realiza desde un único punto de vista, como por ejemplo lo hace hispanismo conservador que pervivió en Colombia durante mucho tiempo, no sólo en figuras como Rafael Maya sino también en figuras como Miguel Antonio Caro. Zalamea con sus conocimientos de la cultura universal, y gracias a sus viajes por el mundo –a muy corta edad– y su noción de la poesía egipcia, china, mesopotámica, de la literatura antigua y moderna, sea esta última francesa, inglesa o española, se permite no ignorar otras concepciones alternativas de las cosas que le rodean, “investiga en todas las tensiones y participa en las polaridades de la sociedad” (1963,171). Esto como una característica de su definición como intelectual en sentido moderno.

Bibliografía

- Araújo, Helena. "Jorge Zalamea", en: *Eco*, Bogotá 16, marzo, 1974, 524-525.
- Castellanos, Juan. *Elegías de los varones ilustres de indias*, Bogotá: ABC. 4v, 1955.
- Mutis, Álvaro. "Jorge Zalamea", en: Cobo Borda Gustavo (ed.). *Literatura Política y Arte, Jorge Zalamea*. Biblioteca Básica de Colombia. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, 845-852.
- Machado, Antonio. *Campos de Castilla*. Madrid, Espasa, 2004.
- Mannheim, Karl. *Ensayos de sociología de la Cultura*. Madrid: Aguilar S.A, 1963.
- Maya, Rafael. *De Perfil y de Frente*. Bogotá: Biblioteca Básica de Colombia, 1975.
- Piedrahita, Lucas Fernández. *Historia General de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1981.
- Pöppel, Hubert. *Tradición y Modernidad en Colombia. Corrientes poéticas en los años veinte*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2002.
- Rama, Ángel. *La Ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Rama, Carlos. *Historia de las relaciones culturales entre España y América latina: siglo XI.*, Medellín: F.C.E, 1982.
- Restrepo, Luis Fernando. *Un Nuevo Reino Imaginado. Las Elegías de Varones Ilustres de Indias de Juan de Castellanos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1999.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo. Civilización y Barbarie*. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A. 1963.
- Silva, Renán. *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta Editores, 2005.
- Sanín Cano, Baldomero. *Escritos*, en: Cobo Borda Gustavo (ed.). Bogotá: biblioteca Básica de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
- Zalamea, Jorge. *La Poesía Ignorada y Olvidada*. La Habana: Casa de las Américas, 1965.
- _____. *Literatura Política y Arte, Jorge Zalamea*, en: Cobo Borda Gustavo (ed.). Bogotá: Biblioteca Básica de Colombia. Instituto Colombiano de Cultura, 1978.